

JUEVES DE LA XI SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO (Par)

Mateo 6, 7-15

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros orad así: “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal”. Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial, pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas».

Hoy la Palabra de Dios nos invita a reflexionar sobre la naturaleza de nuestra relación con Dios y cómo nos comunicamos con Él, y también cómo eso afecta a nuestra relación con los demás, según los planes de Dios.

Primero, el Señor nos advierte sobre la sinceridad en la oración. Habla sobre las repeticiones vacías y las largas oraciones sin sentido que caracterizaban a algunos de los líderes religiosos de su tiempo. La oración no es un ritual mecánico ni una fórmula mágica. Más bien es una conversación sincera y honesta con nuestro Padre celestial. La oración debe ser un reflejo genuino de nuestro corazón y nuestras necesidades, sobretodo de nuestra confianza en Dios, no un acto para impresionar a los demás o para cumplir con una obligación religiosa.

Después, el Señor nos presenta el Padrenuestro como modelo de oración, que abarca todos los aspectos esenciales de una verdadera vida espiritual. De hecho, es la oración con la que Jesús reza al Padre. Veamos resumidamente los contenidos del Corazón de Cristo cuando reza, y que somos invitados a rezar con él.

- Dios es Padre. Nos recuerda que nuestra relación con Dios es íntima y cercana, como la de un hijo con su padre.
- Alabanza y Adoración. Oramos honrando y santificando el nombre de Dios.
- Sumisión a su Voluntad Divina. Expresamos el deseo de que se haga la voluntad de Dios en nuestras vidas y en el mundo.
- Confianza y abandono en el Padre. Pedimos a Dios que no nos falte lo necesario para vivir dignamente, y tampoco el pan de la Eucaristía.
- Luego pedimos perdón por nuestros pecados y nos comprometemos a perdonar a quienes nos han ofendido.
- Finalmente solicitamos la protección de Dios contra el Maligno y las tentaciones que enfrentamos diariamente.

A continuación el Señor nos enseña que el perdón que recibimos de Dios está directamente relacionado con nuestra disposición a perdonar a los demás. Este principio nos desafía a vivir una vida de reconciliación y misericordia. Nos recuerda que el resentimiento y la falta de perdón no solo afectan nuestras relaciones humanas, sino que también obstaculizan nuestra comunión con Dios.

Podemos hacer oración sobre nuestra manera de orar. Nos podemos hacer dos preguntas: ¿Es mi oración sincera y confiada? ¿Tiene relación en cómo trato a los demás?

Apuntemos a la Escuela de Oración de María. Que la Virgen Santísima sea nuestra maestra para aprender una vida de oración más sincera y profunda: una purificación de nuestro corazón y de nuestra confianza en Dios, reconociendo que el amor y la misericordia de Dios para con nosotros, son la única fuente para ser más santos.